

Producción y mano de obra en las haciendas jesuíticas del Buenos Aires colonial: La Chacarita y Las Conchas en el siglo XVIII/

Output and workforce in the Jesuit haciendas of colonial
Buenos Aires: «La Chacarita» y «Las Conchas»
in the Eighteenth Century

Sandra Olivero Guidobono

Universidad de Sevilla

Situadas en el Pago de la Costa, en la campaña bonaerense, las haciendas de La Chacarita y Las Conchas, estaban destinadas a proveer de recursos al Colegio Grande de San Ignacio y a abastecer a un mercado regional. La producción en estas tierras, reproducía el esquema básico de otras propiedades jesuíticas de la Gobernación: combinaba la producción ganadera con la artesanal y el cultivo del cereal. El presente trabajo analiza el grado de producción de estas haciendas y la importancia del empleo de mano de obra esclava, atendiendo especialmente a su estructura y composición.

PALABRAS CLAVES: Jesuitas; Campaña rioplatense; Haciendas; Esclavos; Producción agropecuaria; Siglo XVIII.

The haciendas La Chacarita and Las Conchas, located at the Pago de la Costa in the Buenos Aires countryside, were destined to provide the supplies to the Major College of San Ignacio and to supply the regional market. The exploitation of these lands followed the basic pattern of other Jesuit properties in the territory: it combined stock raising, craft industry and grain production. This paper analyses the level of output of these haciendas and the role of the slave workforce, paying special attention to its structure and components.

KEYWORDS: Jesuits; Rioplatense country; Haciendas; Slaves; Land and Cattle production; Eighteenth Century.

Introducción

De entre todas las órdenes religiosas que llegaron al Río de la Plata, los jesuitas debieron desarrollar un triple trabajo, pues, junto con ser evangelizadores y educadores, se constituyeron en hábiles empresarios agrícolas. La calificación de empresarios agrícolas aplicada a los jesuitas pareciera ser, en principio, objetable si solo se consideran sus condiciones de agentes espirituales y socioculturales. Sin embargo, si se enfoca este aspecto desde la perspectiva económica, no cabe duda que los regulares administraban sus recursos de una manera racional, con el propósito de incrementarlos y obtener la mayor rentabilidad.

El presente estudio trata de una pequeña región del Río de la Plata, con algunos cientos de habitantes a comienzos del siglo XVIII. Se considera, a pesar de ello, que su análisis puede contribuir a esclarecer aspectos del conjunto de la historia agraria rioplatense, así como insertarse en los debates sobre las estructuras del mundo rural en la América colonial.

La imagen de una campaña rioplatense colonial dominada casi exclusivamente por la abundancia de ganado vacuno sufrió un serio golpe cuando en 1985 se publicó un trabajo que analiza los diezmos de la región.¹

Si hasta hace poco el Río de la Plata colonial era sinónimo de ganado vacuno en abundancia, estancias interminables y gauchos vagando por las pampas, hoy aparece ante nosotros una sociedad rural mucho más compleja, con muy diversos tipos de propietarios y productores, con diferentes tipos de trabajadores y con una producción mucho más variada donde el trigo ocupa un lugar predominante.

Se puede afirmar que junto a la ganadería, que no era sólo bovina, había en la campaña rioplatense una intensa actividad agrícola, donde el cultivo del trigo era sumamente importante pero no el único, se incluían también otros cereales y diversos productos de huerta.

En el contexto de la economía colonial, en los umbrales de la economía moderna, el sistema económico-administrativo centralizado diseñado por los jesuitas puede considerarse excepcional, debido a la racionalidad con que se aplicaba, y superior a toda actividad agrícola desarrollada por iniciativa individual. Además, debe tenerse en cuenta que dicho sistema

1 Garavaglia, 1985, 51-89. El mismo trabajo fue publicado en castellano en 1987. Allí se analizan los diezmos del Virreinato del Río de la Plata para fines del período colonial. Posteriormente profundizó el estudio de los diezmos y la producción de Buenos Aires en todo el siglo XVIII en 1990, y posteriormente en 1990, 207-240.

coordinaba los factores productivos, que el método contable utilizado le permitía controlar efectivamente costos y beneficios, y que los mercados internos que relacionaba posibilitaban una mayor redistribución de los excedentes productivos.

En el orden práctico, los jesuitas buscaban acrecentar sus recursos económicos para hacer más sólida e influyente su institución, y para sostener adecuadamente sus obras, aunque sin disociar sus objetivos espirituales y materiales. En esta dualidad de funciones institucionales, los jesuitas siempre se esforzaron por «...encontrar un terreno común donde ambas exigencias fueran compatibles...».²

Es importante recordar que el sistema económico de los jesuitas funcionó como un complejo urbano-rural, puesto que en las villas estaban los colegios y en áreas rurales las haciendas y estancias. De este modo junto con el crecimiento de colegios en las ciudades y la expansión de los trabajos misioneros en toda la sociedad colonial, los regulares desarrollaron un proceso de acumulación de capital a través de sus propiedades rurales.

El alto valor de los bienes temporales que poseía la Compañía de Jesús en el momento de la expulsión ha sido uno de los motivos por los cuales se han realizado numerosas investigaciones, con el objeto de comprender como los regulares de esta orden lograron acumular tan extensa riqueza. La primera conclusión que se puede inferir, es que se trata de un sistema único que fue aplicado con regularidad en toda la América colonial.³

La Compañía de Jesús organizaba su estructura institucional desde la provincia, donde se establecía la Casa Profesa con su correspondiente colegio máximo que tenía el rango de universidad porque podía otorgar grados académicos. Desde allí se decidía la fundación de nuevos colegios siempre y cuando que contaran con bienes suficientes para su manutención.

En la Casa Profesa residía el provincial, cuya misión consistía en controlar el funcionamiento de todos los trabajos realizados en la provincia a su cargo. Bajo sus órdenes estaba el procurador general, con la tarea de supervisar las actividades económicas de todos los colegios, especialmente en lo relativo a la revisión de sus cuentas, inventarios y rendimientos productivos. Los colegios estaban a cargo del rector que aseguraba el funcionamiento del complejo económico urbano-rural.

² Macera, 1966, 28.

³ Véase para las diferentes regiones de la América española Colmenares, 1966 y 1984; Cushner, 1986; Konrad, 1989; Riley, 1976; Valdés Búnster, 1985 y Bravo, 1985.

En las áreas rurales cada una de las haciendas que poseía el colegio estaba a cargo de un administrador generalmente un hermano coadjutor, cuya misión esencial era administrar, hacer producir las tierras y llevar una cuidadosa contabilidad de entradas y gastos.⁴ La estructura de funcionamiento de cada hacienda era sencilla, el administrador era el primer responsable de ella ante el rector y el procurador. A su vez dependían de él un mayordomo, capataces, peones contratados y esclavos.

La estructura de mando se basaba en la verticalidad de las instrucciones. Sin embargo, cada colegio tenía autonomía de gestión y solo el provincial podía efectuar visitas cada dos años para controlar su funcionamiento, en tanto que el procurador provincial controlaba anualmente los libros de cuentas. Estas estrictas normas de control obligaban a todas las unidades a operar con un sistema contable claro y preciso.

La clave del éxito económico de la Compañía descansaba en su estructura de funcionamiento y en la complementación de capitales. Cada colegio contaba con sus propios bienes, por tanto era su propia gestión la que aseguraba su subsistencia. Las haciendas y estancias debían producir lo suficiente para atender a los gastos y compromisos adquiridos, lo que era muy probable puesto que fueron racionalmente explotadas alcanzando un rendimiento altamente productivo y rentable.⁵

El objetivo que perseguía la gestión administrativa de los jesuitas en sus haciendas y estancias era la utilización racional de la tierra, para lograr de ella un óptimo rendimiento. Para lograrlo se coordinaba la explotación agrícola con la cría de animales, se utilizaban técnicas de cultivo eficientes, herramientas adecuadas, construcción de canales y buenos pastos. Cada propiedad rural se convertía en una unidad productiva funcional y diversificada.

Las propiedades rurales de la Compañía calcaban la economía regional americana ya que se adecuaban estrictamente a las posibilidades y limitaciones ofrecidas en cada caso. La impresión general de los contemporáneos era que los jesuitas sólo conservaban aquellas haciendas que podían asegurarles rentas satisfactorias. La suerte económica de los colegios estaba ligada a la suerte general de una comunidad. Por eso el acrecentamiento de los bienes de un colegio dependía tanto de la gestión de su

4 Chevalier, 1950.

5 Bravo, 2005, 379-381.

rector, procurador y administrador como de la prosperidad de una región entera.⁶

El presente estudio contempla los diferentes elementos que intervinieron en la organización y funcionamiento de las unidades de producción de la Compañía de Jesús en Buenos Aires, centrándonos en las propiedades rurales de La Chacarita y Las Conchas, dependientes al igual que la estancia de Areco, del Colegio Grande de San Ignacio. Sin lugar a dudas los libros de cuentas e inventarios levantados anualmente por los padres de la Compañía hubieran constituido la fuente documental más concisa. Pero la destrucción de dichos libros llevada a cabo por los mismos misioneros ignacianos en el momento de la expulsión no nos permite contar con esa valiosa información. Por ello el presente trabajo se centra en los datos aportados por los documentos generados por la Junta de Temporalidades en el momento de la expulsión, es decir en 1767. Asimismo disponemos de libros de cuentas e inventarios datados en 1777 por las Temporalidades.

El objeto es observar y dar a conocer el desarrollo económico de estas propiedades jesuitas de la campaña rioplatense hasta el momento no estudiadas. El presente trabajo se centra en el momento de la expulsión de la Compañía, contando para ello con los inventarios y tasaciones generados por la Junta de Temporalidades para los años 1767 y 1777. El propósito es analizar el tipo de actividades económicas que los jesuitas incentivaron en la región y su adscripción al mercado de consumo interno y regional. Del mismo modo se pretende conocer el tipo de mano de obra empleada en las propiedades en cuestión. Sabiendo de antemano que la población esclava constituía la fuerza laboral prioritaria en las haciendas de la Orden, interesa analizar la política de equilibrio de sexos y reproducción no sólo como mecanismo de control poblacional sino como medio de control económico.

Tal como lo hicieron en otras regiones de América, los jesuitas adaptaron en el Río de la Plata su actividad misional y económica a la realidad local y sus recursos geográficos. El crecimiento y afianzamiento de la Orden en Buenos Aires, y en especial en la campaña aledaña, durante el siglo XVIII, su adaptación a la realidad local y el aumento de sus actividades económicas y misionales, estuvieron determinados por el aumento de población.⁷

6 Colmenares, 1998, 75.

7 Olivero, 2006, 96-98.

Las formas de obtención de recursos financieros por parte de la iglesia en América fueron variadas.⁸ Fue el clero regular el que llegó a obtener elevados ingresos provenientes del desarrollo de sus actividades económicas, comerciales y de crédito. En este contexto, el caso de la Compañía de Jesús es quizás el más conocido, en parte porque es el más documentado y también porque fue sin duda el grupo religioso que mayor capital llegó a concentrar, especialmente en propiedades, infraestructura y mano de obra esclava.

En el caso de los jesuitas, los ingresos provenían especialmente de tres fuentes: explotación de sus propiedades rurales y la comercialización de parte de la producción; operaciones financieras, incluidos los arrendamientos de tierras y propiedades urbanas, censos y préstamos de dinero a interés; y limosnas, capellanías y obras pías. Los ingresos procedentes de estas tres vías permitían a los jesuitas pagar los gastos que las misiones, residencias y colegios tenían, desde el mantenimiento de los sacerdotes, hermanos y esclavos hasta la construcción de nuevos edificios y reparación de otros y pagos a trabajadores conchabados.⁹

A diferencia de los hacendados laicos, eran las ganancias y no el prestigio social lo que motivaba a los jesuitas a aumentar y explotar sus propiedades.¹⁰ Los padres de la Compañía se convirtieron en propietarios por medio de donaciones y mercedes recibidas, compras y permutas, o por composiciones de tierras, litigios o apropiación ilegal de tierras aledañas a las haciendas que ya poseían. Finalmente hubo otra forma de acceso a la tierra, el arrendamiento.¹¹

Por lo general las haciendas se iniciaban con una o varias donaciones de tierras ya labradas o con algo de ganado. De todos modos, al principio había que consolidarse, pero una vez alcanzado ese punto la producción llegaba a ser muy importante. Las haciendas jesuitas también funcionaban como almacenes y llegaron a regular el mercado de precios de carnes y cereales. La distribución de sus tierras, alrededor de un centro administrativo —Colegio Máximo— y a escasa distancia unas de otras, permitieron un mayor control y comunicación entre el rector y los administradores, lo

⁸ Este tema ha sido objeto de varios estudios. Una buena síntesis es la de Bauer, 1986, 13-57.

⁹ López, 2001, 53.

¹⁰ Riley, 1973, 243-248; Cushner, 1982, 172; Ewald, 1976, 132-133.

¹¹ Sobre las propiedades rurales de los jesuitas en América puede verse: Colmenares, 1998; Chevalier, 1972; Macera, 1966; Cushner, 1980 y 1983; de la Fuente, 1988; Tovar Pinzón, 1975; Mörner, 1975; Samudio, 2005; Bravo, 2005; Arnal Simón, 2005; Saénz, 2006; Page, 2004 y 2005; Torres Sánchez, 2001; Barbero, 1998; Valdés Búnster, 1985; Alen Lascano, 1970.

que significaba que se abastecían las poblaciones aledañas con prontitud.¹² Al gozar del derecho de no pagar alcabala sus productos eran más baratos, lo que les permitía competir satisfactoriamente en el mercado.

Producción de las haciendas de La Chacarita y Las Conchas

Prácticamente todas las órdenes religiosas con sede en Buenos Aires eran propietarias de estancias en la región pampeana. Los jesuitas se destacaban por las dimensiones de su patrimonio rural. La célebre estancia que poseían en el pago de Areco era probablemente una de las más grandes de todo el territorio rioplatense. Con sus quince leguas de frente y seis de fondo (225.000 has)¹³, con sus 42.500 cabezas de ganado vacuno y sus más de 4.000 mulas al tiempo de la expulsión, era verdaderamente extensa.¹⁴ Otras estancias jesuíticas porteñas eran, sin embargo, mucho más modestas, como las de La Chacarita y Las Conchas que constituyen el material de análisis de este estudio.

Comparadas con otras estancias eclesiásticas de la zona, las propiedades jesuíticas constituían verdaderas unidades productivas a gran escala. El historiador Carlos Mayo, que ha estudiado a los betlehemitas, señala que esta orden fue una fuerte propietaria rural de la región, en especial por su estancia de Arrecifes que llegó a tener 18 leguas (90 km) en tanto que el establecimiento de Fontezuelas cubría una superficie de 10 leguas (50 km), llegando a tener 20.000 cabezas de ganado vacuno.¹⁵

En cambio los dominicos y, probablemente, los mercedarios, eran dueños de estancias más reducidas: Nuestra Señora de Rosario, del convento de Santo Domingo, no llegaba a las 3.000 varas de frente y legua y media de fondo (1.875 has), es decir, era algo menor que una suerte de estancia, con 3.000 vacunos.¹⁶

Situadas en el Pago de la Costa, en la campaña bonaerense, las estancias de La Chacarita y Las Conchas, estaban destinadas a proveer de recursos al Colegio Grande de San Ignacio, del cual formaban parte conjuntamente con la Calera de Magdalena y la estancia de Areco. En líneas

12 Arnal Simón, 2005, 134.

13 1 vara=0,8359 metros, 1 legua=5 km, 1 hectárea=0,01 km².

14 Archivo General de la Nación (AGN), IX, 7-3-7, Colegio de San Ignacio.

15 Mayo, 1991, 111, 130-132.

16 AGN, IX, 7-2-7, Orden de la Merced.

generales, la organización de la producción en estas estancias, reproducía el esquema básico de otras propiedades jesuíticas de la Gobernación: combinaba la producción ganadera con la artesanal y el cultivo del cereal, actividad sumamente importante en la región, principal proveedora de trigo de la ciudad porteña.¹⁷ La actividad ganadera, central en las relaciones entre las estancias y el mercado interno, se concentraba en la cría de vacunos y mulares, probablemente, la principal fuente de ingresos, aunque también con existencia de ganado equino, ovino y caprino.

Apenas llegados a Buenos Aires, a comienzos del siglo XVII, el gobernador Hernandarias donó a la Compañía dos terrenos: uno al noroeste de las tierras de Pedro de Sayas, y el otro en el pago de Las Conchas, en el paraje llamado del Molino. La extensión de estas tierras no fue precisa, pero fueron ampliándose poco a poco. En 1622 el gobernador Diego Marín de Góngora cedió a los jesuitas las tierras y cabezadas limítrofes con las que ya poseían sobre el río de las Conchas. Unos años más tarde, hacia 1637 el padre Tomás de Ureña continuó solicitando tierras que le fueron cedidas por el entonces gobernador Dávila.¹⁸

Al llevar a cabo la fundación de Buenos Aires, Garay había cedido a cada poblador un solar dentro del recinto urbano y una fracción de tierra próxima a la misma. Cada una de estas fracciones constaba de una lonja de 6.000 varas de largo (cerca de una legua) y de 300 o 400 varas de ancho (125,5 has). Desde el extremo noreste de la ciudad se trazaron 22 lotes de dimensiones semejantes, todos corrían de sudoeste a noreste y estaban separados entre sí por zanjas. Diez de estas 22 fracciones pasaron a manos de los jesuitas que junto al terreno cedido por Hernandarias constituyeron la Chacarita.¹⁹

La hacienda de La Chacarita, distante a dos leguas (10 km) de la ciudad de Buenos Aires, tenía dos leguas de frente por una legua de fondo (5.000 has), el terreno fue valuado en 1.350 pesos, a razón de 4 reales la vara.²⁰ Poseía, según detalla el siguiente cuadro:

17 Garavaglia, 1993, 231-257; Garavaglia, 1989, 333-356; Garavaglia, 1990; Garavaglia, 1991, 21-40; García Belsunce, 1988, 55-67; García Belsunce, 1989-1990, 43-59; Gelman, 1989, 77-92; Mandrini, 1986, 44-58; Amaral, 1989, 13-28.

18 Furlong, 1, 1944, 56.

19 Sobre el detalle de las donaciones de cada suerte de solar véase: Furlong, 1, 1944, 58-60.

20 Una extensión de mil cuadras, solares ocupados en la actualidad por el Cementerio del Oeste, los Cuarteles de Caballería y de Maldonado, por el Instituto Geográfico Militar, por la Exposición Rural, Plaza Italia, Jardines Botánico y Zoológico, Golf Club Argentino, Obras Sanitarias, Hipódromo Argentino y Palermo.

CUADRO N.º 1

GANADO EXISTENTE EN LA ESTANCIA LA CHACARITA (1767-1777)

(en pesos y reales)

—112 caballos	168	
—6 caballos de paso	18	
—10 caballos de andar los arados	17	4
—19 mulas	50	
—130 bueyes mansos	520	
—21 yeguas	10	4
—20 caballos (de Areco)	35	
—50 reses de lana (ovejas y carneras)	4	5 ½

Fuente: AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7. Tasación Estancia La Chacarita, 14/11/1777.

Nota: sólo restan 2 cerdos inventariados en 1767 que fueron consumidos a la fecha de la tasación.

Don Juan Francisco Suero y don Juan Diego Flores, antiguos vecinos del Pago de las Conchas, realizaron la tasación de dicha estancia el 13 de noviembre de 1777 por pedido del comisionado Juan Berlanga y ante el escribano José Zenzano. La propiedad en su conjunto —terreno, árboles, muebles, ganado, edificios y obrajes— fue valuada en 35.034 pesos, valor superior al asignado a la estancia de Alta Gracia en Córdoba, y proporcional al monto estimado para Santa Catalina de dimensiones mayores.²¹

La Chacarita, funcionaba como la mayoría de las propiedades de la Compañía, como un complejo ganadero, agrícola y artesanal. Junto a la cría de ganado, como lo evidencia los cuatro corrales inventariados, se practicaba la agricultura de cereales, especialmente trigo, y la fruticultura. El inventario efectuado al producirse la expulsión, reveló la existencia de una chacra destinada al cultivo de trigo, diez arados con sus rejas, 337 sacos de trigo almacenados, diez de harina y veintiocho de maíz, y una huerta donde se levantaban nogales, higueras, naranjos, limoneros y parras, y un monte de duraznos otros árboles frutales.

²¹ Alta Gracia fue valuada en 1771 en 26.743 pesos vg. Fernández, 1994, 133. La estancia de Santa Catalina fue comprada por los jesuitas en 1622 a 4500 pesos; en 1768 fue tasada en 161.743 pesos; finalmente fue vendida en 1773 al acaudalado alcalde Francisco Antonio Díaz en 90.717 pesos y 4 ½ reales vg. Albores, Mayo y Sweeney, 1994, 123-142.

CUADRO N.º 2

INVENTARIO Y TASACIÓN DE LA ESTANCIA DE LA CHACARITA, 1777

(en pesos y reales)

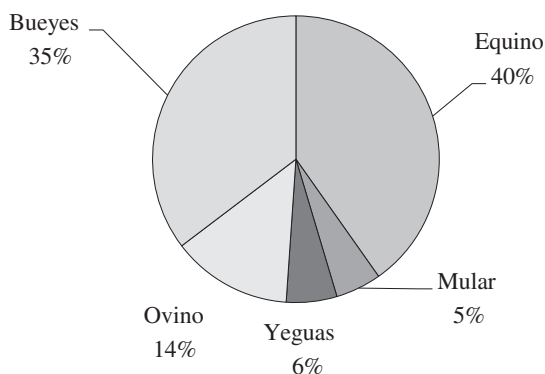
—1 corral de encerrar ganado con 700 postes de ñandubay.	133	6
—1 huerta con 770 árboles frutales con cerco.	385	
—1 monte de duraznos de 24 cuadras, de 150 varas, cercado de zanja y tuna, con un total de 62.000 plantas, a razón de 300 plantas por cuadra.	3.375	
—7 aposentos.	170	94
—1 refractorio.	871	
—1 capilla y su sacristía de 26 ½ varas de largo por 6 ¼ varas de ancho.	4.954	
—1er. Patio con 10 aposentos, cuartos con puertas y ventanas, alacenas embutidas en las paredes una pieza grande que servía de almacén o granero, todo de adobe cocido.	9.783	
—2do. Patio con 4 cuartos que servían de cocina, carpintería y otros menesteres; una pieza grande para los dos telares con la fábrica de ponchos y frazadas.	2.996	
—36 ranchos que sirven de habitaciones para esclavos y sirvientes.	2.220	
—1 pozo de balde con su estanque.	225	
—1 atahona.	500	
—1 noria con su armazón y cubierta con su alberca y cañería de cal, ladrillo y argamasa.	2.183	
—1 obraje de hornos de ladrillo y teja con dos galpones, uno de 28 varas de largo por 6 de ancho y otro de 44 varas de largo y 6 de ancho, con paredes de ladrillo cocido y barro, techados de madera y caña cubiertos de tejas, con sus pozos para el obraje.	2.146	

Fuente: AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio IX, 7-3-7.

La riqueza ganadera no sólo queda evidenciada por las cabezas de ganado existentes, sino por el cuadrante de sal que produjo al momento de la expulsión cinco pilas de charquis, lo que evidencia, aunque no podemos demostrarlo, la circulación de ese producto en el circuito mercantil local. Sin lugar a dudas la carne desecada por la sal era consumida por la población esclava que trabajaba en la hacienda y algún excedente se comercializó entre las propiedades aledañas de la campaña rioplatense.

GRÁFICO N.º 1

TIPO DE GANADO INVENTARIADO EN LA CHACARITA, 1767



Fuente: AGN, IX, 21-6-1.

La Chacarita contaba, además, con un variado obraje, a saber: seis hornos de ladrillo y teja que se inventariaron en 1767, 15.000 ladrillos y 6.000 tejas, 600 baldosas, dos calderas de cobre y una de madera para fabricar velas, dos sacos de chicharrones para hacer jabón y dos telares, uno de ponchos y otro de frazadas. Contaba, además, con ocho carretas, un carretón, carretillas y una atahona, lo que demuestra que la actividad artesanal y su comercialización para consumo tanto interno como local en el mercado bonaerense, debió ocupar un sitio de importancia en la producción rural de esa época, fundamentalmente la agrícola.²²

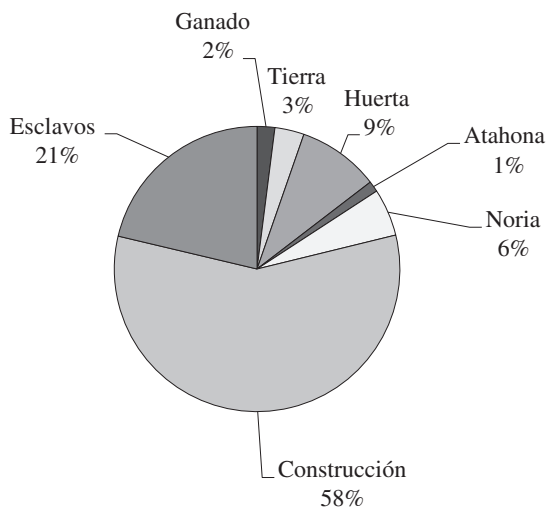
²² AGN, IX, 21-6-1.

Sin lugar a dudas los ladrillos, tejas y baldosas producidas en la hacienda estarían destinadas a cubrir las necesidades en la construcción de edificios en el interior de la propiedad además de abastecer de estos insumos al Colegio de San Ignacio. Varios de las edificaciones del Colegio Máximo debieron llevarse a cabo con el aporte de material producido en la Chacarita.

La existencia del molino, la noria, la atahona y los sacos de harina almacenados denotan la existencia de una producción harinera destacada que abastecería el consumo interno y proveería de excedentes al Colegio de San Ignacio. La huerta de frutales proporcionaba lo necesario para sustentar la mano de obra que allí trabajaba.

GRÁFICO N.º 2

VALOR PORCENTUAL DE LOS BIENES DE LA CHACARITA, 1767



Fuente: AGN, IX, 21-6-1.

La estancia Las Conchas, situada a 8 leguas (40 km) de la ciudad de Buenos Aires, tenía una extensión de una legua de frente por media de fondo (1.250 has), y el terreno fue valuado en 1777 en 1.500 pesos. Esta propiedad se encontraba en el paraje llamado Molino de Tejada, sobre el río

las Conchas. Como estas tierras se hallaban sobre ambas riveras del citado río podemos presumir que se extendería entre Santos Lugares o Caseros hasta Morón; y por el norte hasta el río Luján, o sea más allá de Pilar.²³

CUADRO N.º 3

INVENTARIO Y TASACIÓN DE LA ESTANCIA DE LAS CONCHAS, 1777

(en pesos y reales)

—1 capilla de 12 varas de largo por 6 de ancho, de barro cocido y ladrillo, cubierta de tejas.	300	
—1 rancho inmediato de 10 varas de largo por 4 ½ de ancho, casi inservible.	6	
—2 ranchos muy maltratados de 10 varas de largo y 5 de ancho c/u, cubiertos de paja y madera muy ordinaria.	30	
—1 corral con 1.872 palos de ñandubay.	351	
—1 corral con 110 postes.	20	5
—1 plantío de duraznos y 2 higueras.	12	

Fuente: AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

Su valor total, considerando terreno, edificios, muebles y ganado, era de 10.185 pesos. Su principal actividad era la cría de ganado, que ascendía las 9.000 cabezas entre ganado vacuno, ovino, equino y mular. No tenía, prácticamente, actividad agrícola y solo contaba con un escaso plantío de durazneros e higueras. La actividad artesanal, fabricación de telas, prendas de vestir, ladrillos y jabones, parecía no destacar.

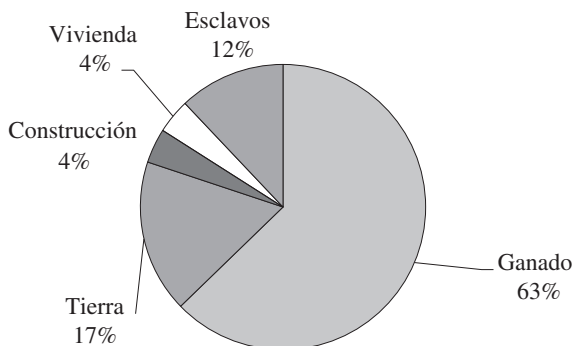
La estancia comprendía un área con buenos pastos para la cría de ganado mayor y menor, con el que se proveía al resto de las propiedades dedicadas fundamentalmente a la actividad agrícola. Es muy probable que las Conchas abasteciera al mercado local de Buenos Aires con ganado en pie y carne para el consumo. Se trataba de una propiedad extensa con abundancia de pastos dedicada a la cría de ganado en especial vacuno. La estan-

²³ Formaban parte de las Conchas las actuales localidades de El Palomar, Hurlingham, Castelar, Bella Vista, Campo de Mayo, Muñiz, Villa de Mayo, Moreno, San Miguel, Los Polvorines, Roosevelt, José C. Paz, Derqui, Delviso, Pilar, Villa Rosa, Manzanares y Empalme.

cia proveía de carne y demás productos derivados (leche, grasa, sebo, cueros) al Colegio de San Ignacio y a las otras propiedades jesuitas de Buenos Aires. Llegaron incluso a venderse cabezas de ganado vacuno a vecinos de la ciudad o se utilizaron como mercancía de trueque para la obtención de otros insumos.

GRÁFICO N.º 3

VALOR PORCENTUAL DE LOS BIENES DE LAS CONCHAS, 1767



Fuente: AGN, IX, 21-5-8.

CUADRO N.º 4

GANADO EXISTENTE EN LAS CONCHAS, 1767

(en pesos y reales)

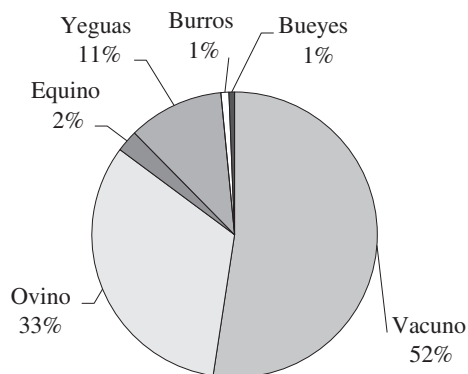
—3.300 vacunos grandes	3.300	
—1.500 vacunos pequeños	562	
—3.000 ovejas	281	2
—992 yeguas de cría	496	
—226 caballos	395	4
—59 burras de cría	36	4
—58 bueyes mansos	232	
—24 burros de carga	120	

Fuente: AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

El valor del ganado inventariado ascendía a 7.886 pesos y 6 reales en 1777, es decir el 77,42 % del valor total de la propiedad y sus bienes, según la tasación realizada diez años antes. Es decir que el capital en ganado había aumentado en un 31,24 %. Indudablemente la actividad ganadera era muy próspera, así lo corrobora el alto número de cabezas de ganado vacuno. El escaso porcentaje de bueyes en la estancia denota la importancia de la producción ganadera en detrimento de la agrícola.

GRÁFICO N.º 4

TIPO DE GANADO INVENTARIADO EN LAS CONCHAS, 1767



Fuente: AGN, IX, 21-5-8.

Las Conchas abastecía de cabezas de ganado a la región rural adyacente, así lo comprobaba el pedido de compra efectuado por Antonio Zamudio, vecino de la Costa, en 1771, de 1.000 mulas a 15 reales cada una, a pagar en 18 meses. Don Domingo Belgrano Pérez, apoderado de Zamudio, compró en público remate, 771 mulas de un año, a 15 reales cada una, y 58 mulas de dos años, a 20 reales cada una, abonando un total de 1.470 pesos y 5 reales.²⁴

A pesar de todo ello, en una Demostración del estado anual de rentas realizado por las Temporalidades en octubre de ese mismo año, se evidenciaba el escaso valor conferido a Las Conchas, la cual era considerada una

²⁴ AGN, Colonia, Temporalidades Buenos Aires, IX, 21-5-8.

estanzuela que con el tiempo podía ser arrendada o vendida, pero que carecía de valor al momento de la expulsión. Por lo tanto, se intentaba sacar ganancias de su ganado, el cual era vendido a particulares, como el caso precedentemente citado, o transferido a otras estancias como la de Areco.

La Chacarita, en cambio, producía anualmente 605 pesos y fue arrendada el 6 de agosto de 1771 a don Domingo Berrondo con veintiuno de los veintiséis esclavos que poseía originariamente.²⁵ Una nueva muestra del valor e importancia de la producción triguera de la zona. Seguramente el excedente cerealero se comercializaba en Buenos Aires, principal centro de demanda de ese producto.

La asignación de recursos productivos tendía a limitar la dependencia de esta estancia respecto del mercado, en lo que se refiere a su aprovisionamiento de determinados bienes y servicios. Otros, aquellos no producidos en la misma hacienda, debían ser, en cambio, adquiridos en aquél. La administración de Temporalidades del Colegio Grande de San Ignacio compraba o trocaba por sus productos —ganado y trigo— yerba y tabaco para la ración de los esclavos y conchabados, bayeta, pañete y cordelete para el vestuario de aquellos y la remuneración de éstos, vino, aguardiente, azúcar y algunos insumos básicos para la producción artesanal: hierro y algodón, por ejemplo.

El rendimiento económico era un reto por ser capaces de sostener colegios y misiones lejanas. Por ello pusieron tanta atención en los productos y en el tipo de cultivo apropiados para cada región y descubrieron cuáles eran más ventajosos y qué tipo de ganado criar.

Los esclavos de las haciendas

En las haciendas coloniales existían tres tipos de trabajadores. En primer lugar los esclavos —negros o mulatos—; en segundo lugar figuraban los peones y vaqueros, conocidos como conchabados, que vivían en la misma hacienda, en casas cercanas y recibían un pago semanal por jornada trabajada. Finalmente los trabajadores eventuales que eran contratados para realizar tareas específicas en determinadas épocas del año, tales como la cosecha o la erra.

En el Río de la Plata, como en las otras provincias de las Indias Occidentales, todas las órdenes religiosas recibieron donaciones de sus fie-

²⁵ *Ibidem*, 21-5-5.

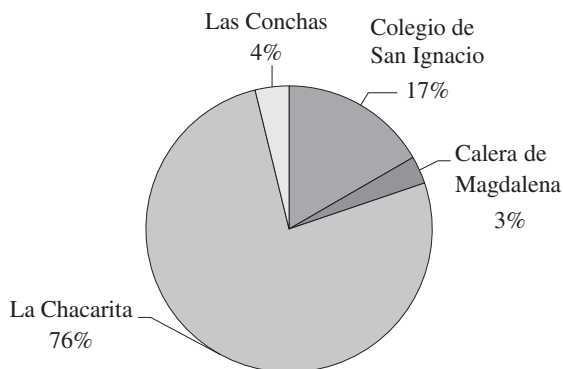
les y, entre éstas, figuraban no sólo tierras sino, también, esclavos negros.²⁶ Los jesuitas acudieron a la enseñanza paulista, según la cual el cristiano no ha de preocuparse sobremanera por la vida terrenal. Siendo la verdadera esclavitud la del pecado, la servidumbre podría brindar al hombre negro la oportunidad de convertirse, es decir, de alcanzar la verdadera libertad, la del alma.²⁷

Para la Compañía de Jesús la posesión de mano de obra esclava fue un factor fundamental en su crecimiento económico. Constituía una fuerza de trabajo más barata que la asalariada y necesaria ante la disminución de la población indígena. Criar y comprar eran los dos métodos usados por los dueños de esclavos en la época colonial.²⁸

La mano de obra esclava constituía el grueso de la fuerza de trabajo empleada en las propiedades rioplatenses. Según el inventario de 1767 había 288 esclavos en las haciendas de campo del Colegio Grande de San Ignacio, distribuidos de la siguiente forma: 48 en la Ranchería del Colegio, 220 en La Chacarita, 9 en la Calera de Magdalena y 11 en Las Conchas.²⁹

GRÁFICO N.º 5

DISTRIBUCIÓN DE LA MANO DE OBRA ESCLAVA DEL COLEGIO GRANDE DE SAN IGNACIO, 1767



Fuente: AGN, IX, 21-6-1.

²⁶ Tardieu, 2002, 60.

²⁷ *Ibidem*, 2005, 71.

²⁸ Sobre el tema véase Mörner, 1981, 37-81.

²⁹ AGN, Colonia, Temporalidades Buenos Aires, IX, 21-6-1.

El claro predominio de la mano de obra esclava en la chacra de La Chacarita reafirma la importancia y utilidad de este tipo de trabajadores en las unidades productivas agrícolas, en contrapartida a su escaso número en el desempeño de las actividades ganaderas.

Al tasar los esclavos de La Chacarita en 1777, el valor arrojado de 8.650 pesos representaba más del 21 % del valor total de la propiedad. De la lectura y análisis del Inventario de 1767, realizado por el capataz don Vicente Montoya tras la expulsión, se observaba una población en crecimiento con un relativo equilibrio entre los sexos. La población total de las haciendas La Chacarita y Las Conchas sumó 231 individuos, donde los varones representaron el 47,8 % del total frente a un 52,81 % femenino. Existía, en general, un leve predominio femenino, que al analizar cada propiedad por su lado, mantenía el equilibrio por sexos en La Chacarita pero no así en Las Conchas donde frente a una población masculina de diez individuos sólo se registraba una mujer. Una vez más se pone en evidencia la preferencia de población esclava en las propiedades agrícolas donde el equilibrio de sexos aseguraba la reproducción. En las Conchas, en cambio, por tratarse de una estancia ganadera el empleo de mano de obra asalariada resultaba más rentable y los escasos esclavos que la Compañía mantenía allí eran fundamentalmente hombres.

La relación entre los sexos se mantuvo hasta 1771, pero la población total en ambas estancias, incluyendo la ranchería del Colegio, se redujo, de 288 a 177 individuos. En esos cuatro años nacieron 61 esclavos, 30 varones y 31 mujeres, con lo que la población inicial aumentó en un 8%. Sin embargo, cuando en 1771 las haciendas fueron entregadas a su arrendador, encontramos en Las Conchas un cierto equilibrio poblacional, de once esclavos en 1767 a quince en 1771, pero en La Chacarita su número se vio fuertemente reducido, de 220 a 24 respectivamente. El Inventario nos permite constatar que 23 esclavos fueron entregados por orden del administrador don Francisco Somalo, 108 fueron vendidos a casas particulares y 33 fallecieron. El desequilibrio entre hombres y mujeres era la segunda causa de esa reducción de población, 71 mujeres fueron vendidas a casas particulares para desempeñar tareas domésticas.³⁰

³⁰ En Santa Catalina, Mayo observa un incremento del 6% —de 320 a 534 individuos— manteniendo la proporción entre los sexos. Alborez, Mayo, Swney, 1994, 23. Por otro lado Fernández, que estudia Alta Gracia, señala un mantenimiento de la población, de 271 a 290 personas en el mismo período. Fernández, 1994, 55-57. La situación de Las Conchas y La Chacarita se asemeja a la planteada por Cushner para Perú. Cushner, S. J., 1975, 187.

El inventario tiene limitaciones, sólo es posible determinar el número de esclavos, no así el número de familias, ni su composición —cantidad de hijos— como tampoco su calificación laboral salvo para los 48 esclavos de la ranchería del Colegio, que forman parte de este estudio sólo en términos comparativos. Sabemos que los jesuitas no dudaron de la capacidad del trabajo esclavo, los entrenaron en los distintos oficios y les confiaron tareas de responsabilidad, promoviendo a algunos las funciones de capataces, aprovechaban así el ascendiente que ciertos esclavos ejercían sobre otros y, a la vez, contribuían a neutralizarlo. No se puede negar que producía más un esclavo bien alimentado, bien vestido y bien cuidado en caso de enfermedad, ni que valía la pena favorecer la formación de familias que respondían al ideal cristiano y permitían la reproducción y el consabido crecimiento natural de la población esclava trabajadora.

Las negras eran destinadas, en calidad de hilanderas, a los obrajes textiles, donde se fabricaban los pochos, frazadas y camisas de los propios esclavos, además eran empleadas como amas de leche y alquiladas en casas de particulares para el desempeño de las actividades domésticas. Los hombres realizaban, por lo general, las tareas de arrear el ganado, siembra y cosecha, y las labores de herrería y fabricación de velas, jabones, tejas y baldosas.

En lo que se refiere a las condiciones habitacionales asignadas a la población esclava, los inventarios ofrecen referencias de interés. Los esclavos se alojaban en la ranchería de las estancias, dos en Las Conchas y treinta y seis en La Chacarita. Cuartos de paredes de ladrillos, fabricados en el mismo obraje, y barro con techos de tirantes, paja y tejas. Como es de suponer, los jesuitas practicaron una escrupulosa separación residencial por sexos entre los esclavos solteros. Los grupos familiares compartían vivienda.

El control social de una población esclava numerosa planteaba serios y delicados problemas, ignoramos, al presente, cómo y de qué manera lo encararon los regulares en sus estancias, pero lo cierto es que la Compañía de Jesús tenía una larga experiencia en la materia. Sin dudas, un complicado sistema de retribuciones, incentivos y, en casos extremos, castigos, conjugados con un adecuado régimen de vida material y religiosa, aseguraron, no siempre con tanto éxito, la lealtad de sus esclavos. Al lado de las capillas y enfermerías también existían en todos los fundos de la Orden, celdas equipadas con grillos y cepos, destinadas a rebajar las ínfulas de los

siervos más reacios.³¹ La estructura familiar pudo haber ayudado a evitar un elevado número de fugas. Podemos sostener que el aumento de la población esclava en los años previos a la expulsión y hasta 1771, se debió a un crecimiento vegetativo que respondía a adecuadas condiciones materiales de vida, a una estabilidad familiar y a un saldo favorable de nacimientos sobre muertes (61 frente a 33). Era una población que no reflejaba las desigualdades entre los sexos. La disminución final de esta población al momento del traspaso de administrador, en 1771, se justificaba con el traslado de un número considerable de esclavos para realizar diversas tareas en el Colegio de Niñas Huérfanas y en casas particulares, lo cual demuestra una vez más, la gran preparación que los mismos habían recibido en los oficios y demás menesteres.

CUADRO N.º 5

POBLACIÓN ESCLAVA DEL COLEGIO GRANDE DE SAN IGNACIO (1767-1771)

	<i>Ranchería</i>	<i>La Chacarita</i>	<i>Las Conchas</i>	<i>TOTAL</i>	<i>Nacidos y vendidos</i>	<i>Entregados</i>	<i>Fallecidos</i>
Hombres	29	99	10	138	30	49	18
Mujeres	19	121	1	141	31	82	15
TOTAL	48	220	11	279*	61	131	33

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Temporalidades Buenos Aires, IX, 21-6-1.

* Este total no incluye 9 esclavos de la Calera de Magdalena y otros 16 de la estancia de Areco.

El 13 de noviembre de 1777, al momento de realizarse la tasación existían en la estancia Las Conchas ocho esclavos, siete varones y una mujer, su valor total era de 1.040 pesos, registrándose el precio más elevado en la mujer, 140 pesos y los más bajos en dos ancianos de 75 años de edad, de 40 y 45 pesos respectivamente.

En La Chacarita fueron tasados 75 esclavos, 39 mujeres y 35 hombres, la relación de masculinidad era de 87 varones cada 100 mujeres, cifra que se ve modificada si consideramos a la población por grandes grupos de edades. En este caso se observa un predominio masculino en edad adulta—entre los 15 y 64 años de edad— de 115/100. Las mujeres entre los 0 y

31 Tardieu, 2005, 77; López, 1998, 198-200.

15 años conformaban el sector más numeroso —51,28 % frente al 20 % de los hombres— esta proporción se invertirá en la siguiente franja etaria de 15 a 49 años que representa a la población potencialmente activa —48,71 % de mujeres frente al 62,85 % masculino— sin dudas, porque fueron trasladadas o vendidas a casas de particulares para desempeñar labores domésticas o emplearse como amas de leche, según lo indicaba el mismo Ruiz al llevar registro de los ingresos de las haciendas por labores de esclavitud.

CUADRO N.º 6
POBLACIÓN ESCLAVA DE LA CHACARITA POR SEXOS
Y GRANDES GRUPOS DE EDADES, 1777

<i>Grandes grupos de edades</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Índice de masculinidad</i>
Jóvenes (0-14)	7 (20 %)	20 (51,28 %)	27 (36 %)	35
Adultos (15-64)	22 (62,85 %)	19 (48,71 %)	41 (55 %)	115
Ancianos (65 y +)	3 (8,57 %)		4 (5 %)	300
S/e	3 (8,57 %)		3 (4 %)	
TOTAL	35 (100 %)	39 (100 %)	75 (100 %)	87

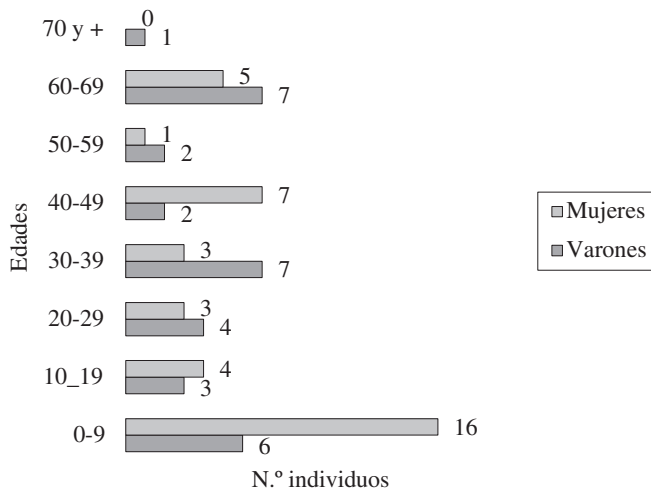
Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

Nota: Porcentajes columnas, sobre el total de población de cada sexo.

Se ha logrado distribuir a la población esclava por sexos y grupos quinquenales de edades, se observa un predominio femenino en las franjas etarias de 0 a 15 años y de 40 a 44 años. Los varones aumentan progresivamente su número por cada grupo quinquenal para alcanzar los valores más elevados entre los 25 y 40 años de edad, casualmente la edad más productiva respecto de las labores agropecuarias y en los oficios, como se verá más adelante. La edad media de la población esclava era de 27,8 años, en los varones era de 32 años, muy superior a la media femenina de 24,71 años de edad.

La tasación incluía, no sólo la edad de la mano de obra esclava, sino también el oficio desarrollado por los hombres, de lo que se comprobó que el 22 % de los esclavos sobre el total de la población masculina adulta, era peón de hacienda. Además aparecen contabilizados cuatro albañiles, dos herreros, dos pastores y un carpintero. Entre los esclavos que desempeñaban algún oficio se hallaron los valores más altos que oscilaban entre 180 y 220 pesos.

GRÁFICO N.º 6

POBLACIÓN ESCLAVA POR GRUPOS DECENALES DE EDADES Y SEXOS,
LA CHACARITA, 1777

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

Al igual que en otras haciendas jesuíticas estudiadas, los esclavos debieron ocuparse de una diversidad de labores, referidas al cultivo de cereales, cuidado de árboles frutales, recolección de frutos y hortalizas, acarreo del producto agropecuario, molienda, elaboración de harina, cuidado del ganado, doma y erra. Adicionalmente debieron realizar trabajos de herrería, albañilería, carpintería, tejería y producción de velas, adobes y tejas.

De los 75 esclavos que contó La Chacarita en 1777, un total de 55 fueron integrados en familias que conformaron 16 matrimonios, con un promedio de 3,43 personas por hogar. Es decir que el 74,32 % de la población esclava formó parte de familias integradas en su mayoría por ambos cónyuges. Sólo el 29,72 % de la población no habían formado familia propia, 15 varones se hallaban solos y 7 mujeres en igual condición.

El hecho mismo de que la población no libre de la estancia de La Chacarita manifestara tendencia al crecimiento es, en sí mismo, un dato relevante si lo comparamos con lo ocurrido en las haciendas jesuíticas del

Perú, conclusión que desafía la idea aún prevaleciente de que las poblaciones esclavas en América Latina no lograron reproducirse adecuadamente. Es improbable negar que se tratara de una política de control demográfico deliberadamente promovida por la Compañía, en todo caso, no parece haber hecho nada por impedirlo. El relativo equilibrio de los sexos, las buenas condiciones de vida material así como las uniones matrimoniales que los padres alentaron entre la población esclava, eran condiciones más que necesarias para contribuir al crecimiento vegetativo de dicha población.

CUADRO N.º 7

ESTRUCTURA FAMILIAR DE LA POBLACIÓN ESCLAVA
DE LA CHACARITA, 1777

<i>Tipo de familia</i>	<i>N.º de familias</i>	<i>N.º de personas</i>
Matrimonio s/hijos	5	10
Matrimonio c/1 hijo	1	3
Matrimonio c/2 hijos	3	12
Matrimonio c/3 hijos	2	10
Matrimonio c/5 hijos	1	7
Padre c/hijos	2	7
Hombre c/sobrino	1	2
Mujer c/nieta	1	2
Hombres s/familia		15
Mujeres s/familia		7
TOTAL	16	75

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

El valor total de la población esclava alcanzaba los 8.650 pesos, con un promedio de 115,33 pesos cada individuo, los valores más elevados los alcanzan los varones que desempeñaban oficios —herreros y carpinteros entre 180 y 220 pesos— y las mujeres jóvenes —entre 24 y 28 años de edad— cotizadas en 170 pesos. Los niños entre 6 y 12 años alcanzaron valores superiores a los 100 pesos, mientras que ancianos o desvalidos no superan los 45 pesos.

La participación de la población esclava en el consumo y producción interna

La mano de obra esclava, fundamentalmente, y también la fuerza de trabajo libre, absorbían alrededor del 80 % de lo producido en las haciendas y, prácticamente íntegra la producción de trigo y maíz, además, de la bayeta y el pañete remesados y comprados en cada estancia. El resto circulaba en el mercado regional abasteciendo de insumos al Colegio de San Ignacio e incorporándose el excedente en el circuito mercantil porteño, en especial la venta a particulares.

El vestuario de los esclavos incluía sombrero, chaleco y calzones de lienzo de algodón o bayeta. El administrador solía repartirles los cortes de tela y eran los mismos esclavos, fundamentalmente las mujeres, las que los confeccionaban. Cuando se producían nacimientos o fallecimientos, se les otorgaba lienzos de algodón para pañales, mantillas y mortajas. El reparto de yerba mate y tabaco se estableció como una forma de agasajo o premio. Además del vestuario que se les entregaba cada año, daban a algunos esclavos ropa y géneros como gratificación a sus servicios, aunque también se les quitaban en ocasiones como forma de castigo.

También como una especie de gracia, los jesuitas colocaban a las esclavas jóvenes como criadas en casas de familias o las enviaban al Colegio de Niñas Huérfanas para desempeñar labores. Como parte de la política de agasajos acostumbraban a dar a los esclavos antes de casarse algo de vestuario además de pagar los derechos al notario. También pagaban a los médicos para curar a los enfermos, a matronas y parteras cuando no había una esclava encargada de hacer ese trabajo y enseñar a otras el oficio.

En contadas ocasiones los esclavos realizaban servicios especiales que eran pagados con dinero, costumbre no generalizada. Fundamentalmente estaban destinados a las celebraciones religiosas donde ciertos esclavos con habilidades musicales solían cantar y tocar instrumentos. Incluso en sus días libres podían ser contratados para ejecutar música en las fiestas del rey o de la catedral, desde luego el pago era entregado a los padres de la Compañía.

Entre 1768 y 1771 se entregaron en La Chacarita y Las Conchas 3.376 varas de bayeta y pañete y 4.703 varas de lienzo de algodón, lo que equivale al 85,57 % y 99,8 % respectivamente del consumo total en todas las propiedades rurales de la campaña porteña. Desde luego, La Chacarita consumía para su mano de obra esclava el 93,54 % de bayeta y pañete y el 78,43 % de lienzo, lo que corrobora la presencia de una población esclava

muy numerosa en relación con las otras haciendas de campo dependientes del Colegio Grande de San Ignacio. Según rezaba en el Inventario, toda esta cantidad de insumos fue producida por los mismos esclavos en los obrajes textiles de la hacienda.

El capataz señaló que para proveer de mantillas, pañales y mortajas a las sesenta y una negras que habían dado a luz entre esos años, fue necesario comprar la materia prima requerida ya que parecía ser que la hacienda sólo producía para satisfacer el consumo interno y no estaba preparada para solventar los gastos ocasionados por los recién nacidos. Las negras que habían dado a luz recibieron además, sesenta y una gallinas y treinta culantrillos. El gasto significó para el administrador de las Temporalidades un total de 150 pesos y 8 reales, apenas el 7 % del total de los gastos.

CUADRO N.º 8

DISTRIBUCIÓN DE TELAS PARA CONSUMO INTERNO, 1768-1771

	<i>Bayeta y pañete (en varas)</i>		<i>Lienzo de algodón (en varas)</i>	
La Chacarita	3.158	(80 %)	3.689	(78,27 %)
Las Conchas	218	(5,5 %)	1.014	(21,5 %)
TOTAL*	3.945	(100 %)	4713	(100 %)
Para los 61 negros nacidos	213		107	

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Temporalidades Buenos Aires, IX, 21-6-1.

* Incluye la Estancia de Areco y la Calera de Magdalena.

La ración de esclavos incluía carne, yerba, tabaco, sal y azúcar. De las 4.742 reses de ganado vacuno existentes hacia 1771, sólo el 10,54 % fue consumido por la población esclava de La Chacarita, mientras que el 72 % fue entregado al Colegio Grande San Ignacio para la subsistencia de su población, el excedente pasaba a formar parte del circuito mercantil porteño. En la estancia Las Conchas sólo se sacrificó un 5 % para consumo interno, un 13 % se desatinó a la venta a particulares.

Con respecto a los cueros, la proporción entre consumo de uso interno y comercialización se mantuvo, el 44,76 % fue utilizado en el servicio de las haciendas para recoger trigo, atar bueyes, techar carretas y ranchos,

acarrear tierra a los pisadores de aves, cercar los campos y construir andamios para obras, camas y lazos para esclavos. Un 41,40 % se empleó en las obras del Colegio Grande de San Ignacio, y sólo el 13,83 % fue vendido a particulares, de lo que se obtuvieron 189 pesos y 4 reales. La cosecha de trigo para el período 1768-1771 en las propiedades rurales que dependían del Colegio Grande de San Ignacio superó las 1.827 fanegas, correspondiendo a Las Conchas y La Chacarita una producción del 58 % del total. El 36,67 % fue suministrado mensualmente en la ración de un pan todos los domingos por esclavo. Un 6,3 % se entregó como un tercio en calidad de pago a los recogedores de trigo y el 57 % restante fue vendido a particulares. Valga este dato como ejemplo de la existencia de un circuito mercantil en el cual los productos procedentes de las unidades productivas jesuitas contribuyeron en buena medida.

CUADRO N.º 9

DISTRIBUCIÓN DE RESES, CUEROS Y TRIGO PRODUCIDOS
EN LA CHACARITA Y LAS CONCHAS, 1768-1771*Reses vacunas*

—Total producido	4.742
—Entregadas al Colegio Grande de San Ignacio	3.413
—Entregadas al Colegio de Belén	153
—Entregadas a las Conchas	235
—Entregadas a La Chacarita	335
—Vendidas a particulares	606

Cueros

—Total producido	4.519
—Al servicio de las haciendas	2.023
—Para obras del Colegio	1.871
—Vendidas a particulares	625

Trigo (en fanegas)

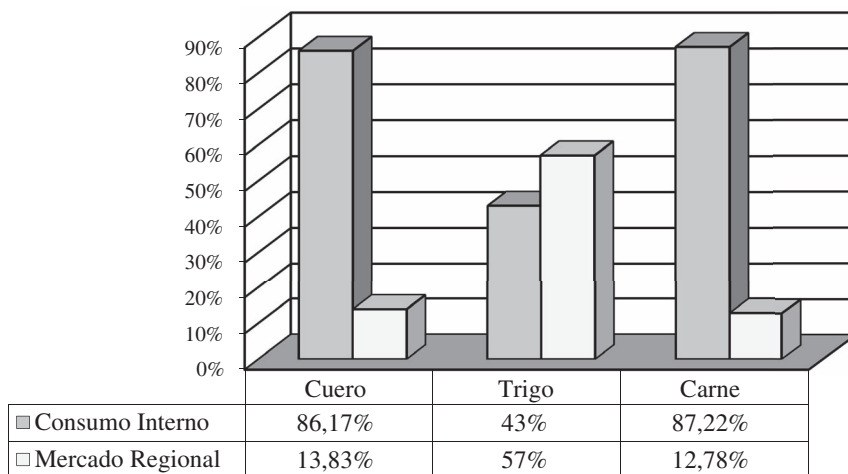
—Total cosechado	1.827
—Manutención de esclavos	670
—Entregado a recogedores en calidad de 1/3 del pago	116
—Vendido a particulares	1.034

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Temporalidades, IX, 21-6-1.

Durante la administración de don Benito Ruiz, de septiembre de 1771 a marzo de 1784, La Chacarita contó con un ingreso equivalente a 2.426 pesos y 2 ½ reales, el 52,6 % fue producto de la venta de ganado vacuno, cueros, trigo, maíz y leña. Cabe señalar que la estancia contaba entre sus ingresos lo producido en su atahona, y el metálico ganado por las negras conchabadas para amas de leche en casa de particulares, como así también, los ingresos cobrados de los arrendatarios de Las Conchas.

GRÁFICO N.º 7

PRODUCCIÓN Y CONSUMO EN LA CHACARITA Y LAS CONCHAS, 1767-1777



Fuente: AGN, IX, 21-6-1.

Entre la producción de la cual no se llevó registro de cobro ya que su empleo era gratuito y necesario, se mencionaban 128 ponchos, 35 frazadas y 22 sudaderas repartidas entre los esclavos de la Calera de Magdalena. Asimismo, 7.400 ladrillos para construir el fuerte ordenado por don Juan de Berlanga, arrendatario de La Chacarita, y el arrendamiento de la huerta a Manuel Solís.

Los gastos registrados por Ruiz alcanzaban los 2.719 pesos y 2 ½ reales, con lo que al cabo de 13 años de administración, la hacienda dejó como

resultado un debe de 293 pesos. El 25,55 % de los ingresos procedía de la venta de carne, cueros y bueyes. Un 14,34 % fue originado por la venta de trigo y maíz y otro 15 % de la comercialización de pan. La venta de leña ascendía al 9,4 % del total de ingresos percibidos, lo cual demuestra la importancia de la explotación maderera en la región. La producción no creció a lo largo del período, pero se mantuvo y permitió satisfacer las necesidades de consumo interno y comercializar el excedente agropecuario que posibilitó la adquisición de otros productos de primera necesidad que la hacienda no producía y que resultaban prioritarios para mantener una población esclava en crecimiento.

Los gastos atribuidos directamente a la manutención de esclavos equivalían al 57,63 % del total. Si consideramos que el valor de los esclavos representaba en 1777 casi el 25 % del valor total en que fue tasada la hacienda, comprenderemos que la inversión en manutención de fuerza laboral no libre era importante, lo que corrobora las buenas condiciones de vida material que rodearon a los esclavos, posibilitando un crecimiento vegetativo sustentado en el equilibrio sexual y en la consolidación de las estructuras familiares. Los gastos de conchabo sólo alcanzaron el 5,63%. Es evidente que la fuerza de trabajo esclava prevalecía sobre la asalariada.

CUADRO N.º 10

DISTRIBUCIÓN DE INGRESOS Y GASTOS EN LA CHACARITA, 1771-1784

Ingresos (en pesos)

—Saldo administración Somalo (1767-1771)	415
—Producción atahona	362
—Negras conchabadas para amas de leche	330
—Venta reses vacunas	265
—Venta de bueyes	165
—Venta cueros	190
—Venta trigo y maíz	348
—Venta adobe	81
—Venta leña	228
—Arrendamiento de Las Conchas	42
TOTAL	2.426

Gastos (en pesos)

—Manutención de tasadores y agrimensores	67
—Ocasionados por esclavos enfermos	958
—Manutención de 61 negras parturientas	150
—Arreglos edificios	902
—Compra cuchillos, frenos y espuelas para servicio de los esclavos	128
—Compra sal y azúcar	86
—Compra aguardiente y vino para enfermos y misas	162
—Compra cera para misas y entierros	13
—Compra lana y añil para ponchos y frazadas	70
—Conchabos	153
—Utensilios y gastos administrativos	30
<hr/>	
TOTAL	2.719

Fuente: elaboración propia. AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

La mayoría de los intercambios internos y parte de las compras que realizaba la hacienda —presumiblemente en mercados regionales— no se efectuaba en plata, ésta prácticamente no circulaba en la hacienda, sólo una pequeña parte del metálico era destinada al pago de salarios. El ingreso en plata provenía, además de las ventas de ganado y pan a terceros.

No fueron encontrados Libros de Conchabo, sin embargo, gracias a una mención que realizó Ruiz conocemos el salario de algunos conchabados percibidos por seis meses de trabajo: el peón recibía unos 30 pesos, el hortelano 28 pesos, el carpintero 35 pesos y un maestro de cortar adobe 30 pesos. Estos salarios se correspondían con los percibidos en otras haciendas como Santa Catalina en Córdoba.³²

Los salarios se hacían efectivos en pagos parciales, hechos en especie y metálico, este último solía ser muy escaso, y en ocasiones, excepcional. El grueso del salario, pagado en especie, tenía una clasificación peculiar destacándose por su importancia el pago en género. El peón solía retirar a intervalos irregulares, ropa confeccionada por los esclavos en los obrajes de la hacienda, cortes de telas, sombreros, calzones, poncho, o bien bayeta, lienzo, pañete y breña, para no mencionar sino las más frecuentes. Además se

³² Mayo, 1994, 28-30. En Santa Catalina un peón cobraba 72 pesos igual que un carpintero, un mayordomo 100 pesos; los salarios oscilaban entre 60 y 100 pesos anuales (entre 4 y 6 pesos mensuales) según la calificación del trabajador.

entregaba como parte de la remuneración yerba, tabaco, sal, pan, aguardiente, añil, cuchillos, espuelas, frenos y maderas que se deducían del salario.

Es importante señalar que la división entre géneros y especies, daba prioridad a los primeros en función de garantizar por medio del salario una necesidad esencial del peón, el vestido, ya que el alimento estaba incluido en la ración diaria y seguramente la estancia proveía también a su necesidad habitacional. Cabe a este respecto preguntarse, hasta qué punto la ración alimenticia de los peones satisfacía sus necesidades cuando se registraron retiros de yerba y otros alimentos a cuenta del salario. Lamentablemente nuestra información actual no autoriza a hablar por el momento, con precisión de salarios altos o bajos, de raciones completas o insuficientes, de jornadas reducidas o extensas dada la naturaleza de la documentación analizada y la carencia de otros marcos de referencia para el lugar y la época.³³

El 4 de octubre de 1777 se tomó registro de los créditos que el Colegio Grande de San Ignacio tenía a favor por obligaciones. Los relativos a la venta de parcelas de tierras del Partido de Las Conchas arrojaron un saldo favorable de 815 pesos y 3 reales por 7.570 varas vendidas a particulares entre enero de 1765 y diciembre de 1766. Si bien este dato es simplemente una muestra para todo el período en estudio, nos permite conocer otras probables fuentes de ingresos y las características de las ventas de tierras, extensiones promedio, compradores y monto de la transacción.

CUADRO N.º 11

VENTA DE TIERRAS JESUÍTICAS EN EL PARTIDO DE LAS CONCHAS, 1765-1766

<i>Comprador</i>	<i>Extensión (en varas)</i>	<i>Deuda (en pesos y reales)</i>	
Pedro Puebla	1.500	167	3
Lorenzo Farías	3.000	256	4
Paula Contreras	1.500	256	2
Bernardo Miranda	1.500	101	2
Antonio Salomón	70	34	

Fuente: AGN, Colonia, Compañía de Jesús, Colegio de San Ignacio, IX, 7-3-7.

³³ Para una mayor comprensión del tema, Albores, Mayo y Sweeney, 1994, 17-36; Mayo y Fernández, 1994, 65-78; Mata de López, 1994, 79-101.

Conclusión

Los jesuitas de Buenos Aires se caracterizaron como en el resto de la América hispana, por sus importantes extensiones de tierras, por una concisa organización, controles precisos, clara racionalidad económica que garantizó el logro de su autoabastecimiento y autofinanciamiento, fundamento de su aspiración de autosuficiencia. De esta manera lograron desarrollar una producción, con cierta diversificación, destinada al consumo interno, expresión de un cierto comportamiento autárquico, a la vez que de una clara orientación a un mercado local y regional.

Los logros alcanzados con sus propiedades rurales se debieron a la explotación de los recursos naturales que cada sitio les proporcionaba. La cría vacuna, caballar, el cultivo de cereales y de algunos frutos, para lo cual dispusieron de mano de obra indígena y mestiza mediante el conchabo y el trabajo eventual, a la vez que de una población esclava que constituyó la fuerza laboral fundamental en las haciendas, conformaron la base de sus unidades productivas. Dotaron a sus propiedades de instalaciones necesarias para aumentar su productividad y desarrollaron una eficiente comercialización de su producción en el mercado regional. Todo ello conducido con racionalidad económica, sentido de organización y una esmerada fiscalización, factores primordiales en la disminución de sus gastos e incremento de sus ingresos, clave primordial de su crecimiento y del éxito logrado, por lo que podemos asimilarlos a la idea de una efectiva empresa económica en términos modernos.

La concepción económica ignaciana se caracterizó por estar contextualizada en la realidad local regional y por promover la elevación del hombre mediante la educación cristiana y holística, que integró moral, social, política y económicamente a los habitantes de la región. El establecimiento y desarrollo de sus exitosos complejos socioeconómicos: haciendas-misiones, manejadas por religiosos instruidos y capaces, con racionalidad, austeridad, autoridad, jerarquización, utilidad y eficacia, manteniendo siempre una coordinación que se destacó por su diversificación, complementariedad, fiscalización y adecuadas relaciones interpersonales. Todo ello hizo posible el cumplimiento de la múltiple y efectiva función social, educativa, cultural y geopolítica que se realizó en la América hispana.

En el aspecto social la propiedad rural jesuita constituía un universo minúsculo formado por los religiosos —a veces sólo uno—, el administrador, los mayordomos, los capataces y los trabajadores, libres o esclavos.

Sin lugar a dudas los jesuitas fueron protagonistas de un proyecto socio-cultural edificado sobre las bases de un sistema hacendístico que logró desarrollar los centros pecuarios de mayor producción y eficacia, mejor dotados y más florecientes de la América colonial.

Los padres destacaron por su experiencia en el manejo de la mano de obra esclava. Ésta se caracterizó por ser útil, estar organizada en función de las actividades productivas, cumplir sistemáticamente con un horario de trabajo diario y la distribución especializada del mismo. Claro que no todo era idílico, cuando no lo cumplían o se rebelaban eran castigados, así lo demuestran los cepos, esposas y grillos que se observan en inventarios de varias propiedades jesuitas de las América hispana.³⁴

Los padres de la Compañía mostraron una clara tendencia a mantener una población esclava joven y a propiciar el equilibrio de sexos para favorecer la reproducción en el ámbito familiar, actitud que respondía a la mezcla de sentimientos cristianos y razones de orden económico y rentabilidad. Asumieron una actitud paternalista sin dejar de ser controladora y eficaz.

Estudiar una muestra pequeña como La Chacarita y Las Conchas ofrece dificultades, por el pequeño número, la limitación de las fuentes y la inexistencia de datos estadísticos previos, lo que limita el análisis y hace tentativas las conclusiones.

Pese a ello se han podido confirmar ciertas tendencias establecidas para las haciendas bonaerenses dependientes del Colegio Grande de San Ignacio, y se ha logrado compararlas con otras como las de Santa Catalina y Alta Gracia en Córdoba, la fazenda de Santa Cruz en Brasil y las haciendas jesuíticas de Perú, lo cual delata una política demográfica por parte de la Compañía.

Merecen destacarse la leve superioridad femenina, fundamentalmente en los primeros años del ciclo vital —entre los 0 y 15 años— el predominio de estructuras familiares que permitió mantener un crecimiento vegetativo de la población esclava basado en el equilibrio familiar y sexual, la tendencia a encausar a los más capacitados en labores de mayor responsabilidad, lo que podría cumplir la función de control de los esclavos bajo el mando de sus iguales.

El creciente interés por el estudio de la vida familiar esclava, su fertilidad, sus ocupaciones, los medios materiales de subsistencia, el tipo de vivienda que habitaban, el valor nominal que representaban como mano de

34 Tardieu, 2005, 77; Samudio, 2005, 197.

obra empleada dentro o fuera de las haciendas, los ingresos que fueron capaces de producir y los gastos que ocasionaron a sus propietarios nos llevaron a estudiar La Chacarita. Tras haberlo hecho, concluimos tentativamente que este mundo era estable, con una estructura familiar nuclear, con reproducción suficiente para suplir la necesidad de mano de obra en la estancia y exportarla al Colegio y casa de particulares. Creemos, además, que la proporción de esclavos calificados laboralmente era alta, por lo cual el conchabo de fuerza laboral libre resultó mínima. Muy por el contrario, La Chacarita proporcionó mano de obra esclava a otras estancias particulares de la región, como trabajadores con oficios para obras requeridas en el Colegio Grande de San Ignacio y amas de leche que eran contratadas por los vecinos.

La racionalidad económica de la explotación rural jesuítica consistía, en el caso del Pago de La Costa, en la integración entre chacras, estancias y haciendas de la zona. El Colegio Grande de San Ignacio y sus haciendas de campo —La Chacarita, Las Conchas, la Calera de Magdalena y la estancia de Areco— participaban del mercado regional. Producían lo necesario para satisfacer el consumo interno, manteniendo una población esclava numerosa y estable, y proveyendo de los insumos requeridos por la fuerza laboral libre como salario. El excedente era comercializado en la región, y a lo largo de estos 10 años de administración de Temporalidades, la producción cumplimentó satisfactoriamente las necesidades internas y regionales.

Las fuentes analizadas revelan el alcance de la producción y consumo interno de una estancia colonial en la campaña rioplatense así como la circulación interna de los bienes de consumo producidos en ella.

Todo un sector agrícola-ganadero y artesanal se organizaba en el interior de la estancia para hacer frente a los costos de producción que, en aquella economía requería la producción que a su vez era destinada al mercado regional. Todo un sector de gastos no monetarios destinados a asegurar el funcionamiento interno y la rentabilidad de un establecimiento de peculiares características y dimensiones.

La parte de producción consumida en la hacienda misma era sorprendentemente grande, la producción de trigo, sin embargo estaba destinada prioritariamente a satisfacer el mercado regional de consumo. El ganado vacuno también se destinaba al consumo interno, pero una parte importante del excedente era comercializado en la región. Buena parte de la producción artesanal —textil, lomillería, carpintería— hacía frente a los requerimientos de la estancia, y solo subsidiariamente al mercado local. Gran

parte de esta producción era destinada al mantenimiento y a la remuneración de la mano de obra esclava o libre, y los excedentes eran cambiados en el mercado por vino, algodón y otros bienes necesarios.

El uso extensivo de los recursos naturales e intensivo de la mano de obra servil, que caracterizaría a la economía colonial latinoamericana, conducía a una división interna del espacio de la unidad productora en zonas o sectores, una destinada a la producción de bienes para el sustento de la mano de obra, otra, a la producción de bienes para el mercado regional.³⁵

Esta división y jerarquización interna del espacio de la unidad productora, era el resultado de una política de integración económica en el sentido de que la estancia reducía sus operaciones con el mercado, y que los procesos de producción eran, en su mayor parte, consumidos internamente. Ello era así porque se había efectuado un aprovechamiento sistemático de la mano de obra.

La tendencia de la estancia a la suficiencia —que también obedecía, y a la vez, acentuaba la falta de integración de los mercados debida en parte a una lenta y cara infraestructura de transportes— arroja luz sobre la ventaja económica que la estancia obtenía de la producción interna de medios remunerativos no solo hacia los factores laborales del producto final sino en todo un esquema circular donde, en realidad, peones y esclavos producían los bienes que se llevaban al mercado así como también los insumos, el mantenimiento del capital productivo y los gastos varios de administración.

En suma, la administración de las haciendas jesuitas en el Río de la Plata, como en otras provincias de las Indias, resulta un buen ejemplo para demostrar que los hijos de San Ignacio administraban sus recursos productivos racionalmente y empleaban todos los medios a su alcance para obtener rentas suficientes que les permitieran mantener sus obras espirituales y educacionales. Desde esta perspectiva, los regulares de la Compañía eran eficientes administradores y hábiles empresarios. Su gestión les permitió crear y poner en funcionamiento la más grande empresa económica agropecuaria del período colonial.

Recibido el 9 de diciembre de 2011
Aceptado el 25 de julio de 2012

³⁵ Carmagnani, 1976, 28-42.

Bibliografía

- Albores, Oscar; Mayo, Carlos y Sweeney, Judith: «Esclavos y conchabados en la estancia de Santa Catalina, Córdoba (1764-1771)», en Mayo, Carlos (comp.): *La historia agraria del interior*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, 17-51.
- Alen Lascano, Luis C.: *Historia de la Compañía de Jesús en Santiago del Estero, siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Amaral, Samuel: «Diezmos y producción agraria: Buenos Aires, 1752-1804», *Anuario del IEHS*, 4, Tandil, B.A., 1989, 13-28.
- Arnal Simón, Luis: «Formación de las haciendas jesuitas en el norte de México», en Negro, Sandra y Zarzal, Manuel M. (comp.): *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, 125-139.
- Barbero, Estela: *Compañía de Jesús y Temporalidades de Córdoba*, Buenos Aires, AGN, 1998.
- Bauer, A. J.: *La Iglesia en la economía de América Latina, siglos XVI al XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986.
- Bravo Acevedo, Guillermo: *Señores de la tierra: los empresarios jesuitas en la sociedad colonial*, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 2005.
- Bravo Acevedo, Guillermo: «La administración económica de la hacienda jesuita San Francisco de Borja Guanquehua», en Negro, Sandra y Zarzal, Manuel M. (comp.): *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, 377-392.
- Carmagnani, Marcelo: *Formación y origen de un sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1976, 28-42.
- Colmenares, Germán: *Haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*, 2.ª ed., Colombia, Universidad del Valle – Banco de la República – Cociencias, 1998.
- Cushner, Nicholas S. J.: «Mortality and Reproduction on Jesuit Haciendas in Colonial Peru», *Hispanic American Historical Review*, 55: 2, Durham, mayo 1975.
- Cushner, Nicholas S. J.: *Farm and factory. The Jesuits and the Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito 1600-1767*, Albany, State University of New York Press, 1982.
- Cushner, Nicholas S. J.: *Jesuits ranches and the agrarian development of colonial Argentina: 1650-1767*, Albany, State University of New York Press, 1983.
- Chevalier, François: *Land and Society in Colonial México. The Great Hacienda*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1972.

- Ewald, Ursula: *Estudios sobre la hacienda colonial en México. Las propiedades rurales del Colegio Espiritu Santo en Puebla*, Weisbaden, GMBH, 1976.
- Fernández, Ángela: «La población esclava de la estancia jesuítica de Alta Gracia, Córdoba (1767-1771)», en Mayo, Carlos (comp.): *La historia agraria del interior. Haciendas jesuíticas de Córdoba y el Noroeste.*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, 52-64.
- Fuente, Ariel de la: «Aguardiente y trabajo en una hacienda catamarqueña colonial: La Toma, 1767-1790», *Anuario del Instituto de Estudios históricos sociales*, 3, Buenos Aires, 1988, 78-103.
- Furlong Cardiff, Guillermo S. J.: *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires, 1617-1943*, vol. 1, Buenos Aires, Colegio del Salvador 1944.
- Garavaglia, Juan Carlos: «Economic Growth and Regional Differentiation: the River Plate Region at the end of the Eighteenth Century», *Hispanic American Historical Review*, 65:1, 1985, 51-89.
- Garavaglia, Juan Carlos: «Los labradores de San Isidro (Siglos XVII-XIX)», *Desarrollo Económico*, 32: 128, Buenos Aires, 1993, 231-257.
- Garavaglia, Juan Carlos: «Ecosistemas y tecnología agraria: elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830)», *Desarrollo Económico*, 28: 112, Buenos Aires, 1989, 333-356.
- Garavaglia, Juan Carlos: «Producción cerealera y producción ganadera en la campaña porteña: 1700-1820», en Daniel J. Santamaria: *Estructuras sociales y mentalidades en América Latina. Siglos XVII-XVIII*, Buenos Aires, Biblos, 1990, 207-220.
- Garavaglia, Juan Carlos: «El pan de cada día: el mercado del trigo en Buenos Aires, 1700-1820», *Boletín del Instituto Emilio Ravignani*, 4, Buenos Aires, 1991, 21-40.
- García Belsunce, César A.: «Diezmos y producción agrícola en Buenos Aires virreinal», *Investigaciones y ensayos*, 38, Buenos Aires, ANH, 1988, 55-67.
- García Belsunce, César A.: «La agricultura en Buenos Aires virreinal», *Boletín de la ANH*, XLII-XLIII, Buenos Aires, 1989-1990, 43-59.
- Gelman, Jorge: «Una región y una chacra en la campaña rioplatense: las condiciones de producción triguera a fines de la época colonial», *Desarrollo Económico*, 28: 112, Buenos Aires, 1989, 77-92.
- Konrad, Hernan W.: *Una hacienda de los jesuitas en el México colonial: Santa Lucía, 1576-1767*, México, FCE, 1980.
- López, Celia: *Con la cruz y con el dinero: los jesuitas del San Juan colonial*, San Juan, Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan, 2001.
- Macera, Pablo: *Instrucciones para el manejo de las haciendas jesuitas del Perú (siglos XVII-XVIII)*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1966.

- Mandrini, Raúl: «La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX)», *Anuario del IEHS*, 1, Tandil, B.A., 1986, 44-58.
- Mata de López, Sara: «Mano de obra rural en las estancias jesuíticas del Colegio de Salta. 1768-1770», en Mayo, Carlos (comp.): *La historia agraria del interior. Haciendas jesuíticas de Córdoba y el Noroeste*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, 79-101.
- Mayo, Carlos: *Los betleheimitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad (1748-1822)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1991.
- Mörner, Magnus: «La hacienda hispanoamericana: examen de las investigaciones y debates recientes», en *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, FCE, 1975, 15-48.
- Mörner, Magnus: «Comprar o criar: fuentes alternativas de suministro de esclavos en las sociedades plantacionistas del Nuevo Mundo», *Revista de Historia de América*, 91, 1981, 37-81.
- Olivero, Sandra: *Sociedad y economía en San Isidro colonial. Buenos Aires, siglo XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006.
- Page, Carlos: *La estancia jesuítica de Alta Gracia*, Córdoba, Argentina, Universidad Católica de Córdoba, 2004.
- Riley, James: «Santa Lucía: desarrollo y administración de una hacienda jesuita en el siglo XVIII», *Historia Mexicana*, XXIII, 2, México D. F., 1973, 234-257.
- Samudio, Edda O.: «Las haciendas jesuíticas en la Orinoquia en su contexto económico», en Negro, Sandra y Zarzal, Manuel M. (comp.): *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, 183-214.
- Saénz, José Luis: *La expulsión de los jesuitas de Santo Domingo (1766-1767)*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2006.
- Tardieu, Jean-Pierre: «El esclavo como valor en las América españolas», *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 7, septiembre 2002, 59-71.
- Tardieu, Jean-Pierre: «La esclavitud de los negros y el plan de Dios: la dialéctica de los jesuitas del virreinato del Perú», en Florescano, Enrique (comp.): *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, FCE, 1975, 67-81.
- Torres Sánchez, Jaime: *Haciendas y posesiones de la Compañía de Jesús en Venezuela: el colegio de Caracas en el siglo XVIII*, Sevilla, EEHA, 2001.
- Tovar Pinzón, Hermes: «Elementos constitutivos de la empresa agraria jesuita en la segunda mitad del siglo XVIII en México», en Florescano, Enrique (comp.): *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, FCE, 1975, 132-222.
- Valdés Búnster, Gustavo: *El poder económico de los jesuitas en Chile: 1593-1767*, Santiago de Chile, Pucara, 1985.